LA ELEGIDA DE LA DIOSA

EVA BALAGUER-CORTÉS

edebé

Periscopio

LA ELEGIDA DE LA DIOSA

EVA BALAGUER-CORTÉS

LA ELEGIDA DE LA DIOSA

edebé

© Eva Balaguer-Cortés, 2014

© de la edición: Edebé, 2014
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Diseño de las cubiertas: César Farrés
Fotografía de cubierta: Thinkstock

1ª edición, marzo 214

ISBN: 978-84-683-1220-0
Depósito Legal: B. 26048-2013
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A mis padres.
Pisé sus huellas, leí sus páginas,
capturé el eco de sus palabras
y aprendí a valorar y amar lo importante.

Esta historia está inspirada en los taínos, pueblo indígena que habitó las islas del Mar Caribe hasta el siglo XVI. Sin embargo, esta narración no pretende ser fiel reflejo de la realidad histórica; más bien al contrario. Su intención es invitarte a un viaje de fantasía. Sus dioses y leyendas han dado vida a Ratucape Atta y a toda su tribu.

Capítulo uno

Aunque le habían prohibido acercarse a la esterilla donde su madre yacía para traer a su nuevo hermano, Yaguamé desobedeció la orden. Se habían detenido los quejidos que durante una noche y un día habían resonado sin tregua en la isla. Yaguamé, con cuatro años, ya había aprendido que los gritos de una mujer en el parto eran sustituidos por una especie de maullidos que emitía el recién nacido. Sin embargo, ahora, no se oía nada. Era extraño.

Aprovechando que empezaban a caer las primeras sombras de la noche, se dirigió a hurtadillas a ver a su madre. Avanzaba silencioso como un felino, atento a cualquier sonido que le pudiera delatar. Sabía que no se encontraría con ningún varón de la tribu ya que permanecían alejados durante los partos, pero temía que alguna de las mujeres que asistían al alumbramiento lo interceptase antes de averiguar qué estaba pasando. No hubiera hecho falta que tomara tantas precauciones; al acercarse descubrió que todas estaban rodeando a la parturienta y cuchicheando entre ellas, ajenas a cualquier otra cosa que no fuera la joven que acaba de

desmayarse. Agazapado detrás, espiando por un hueco entre las piernas, las escuchó decir:

—¡Despierta, Kania! El bebé casi está aquí.

—Pobrecilla, ya no tiene fuerzas.

—¡Espabila, hermana!

—¡Vamos, Kania, despierta! Tu hijo ya asoma la cabeza, necesita que empujes —pedía Meyina, su mejor amiga, mientras hacía lo imposible por intentar sacar el cuerpecillo del recién nacido.

—¡Es inútil! —decía la vieja Kurip—. Lo he visto miles de veces. La criatura no sobrevivirá y además matará a la madre.

«¡No!», pensó Yaguamé. «¿Qué ocurre? Mamá no puede morir. ¿Por qué no nace ya mi hermano?».

—Es necesario que se recupere ahora mismo. Si no, los perderemos a los dos.

—¡Espabila, Kania! —le decían sus amigas mientras una le golpeaba las mejillas, otra la agitaba por los hombros y una última le mojaba la cara con agua fresca.

—¡Vuelve, vuelve! —le gritaba Meyina, angustiada por el color morado de la coronilla que empezaba a salir—. ¡Por la Diosa, debes despertar, tu bebé se asfixia!

—Ella apenas respira. Os digo que es inútil. Iré a avisar a Mabó. Debe preparar el camino de sus espíritus hacia el Coaibai. Quizá sea lo mejor. Kania estaba muy abatida desde que murió su esposo —dijo Kurip.

Kurip era la más anciana de la tribu. Había asistido a innumerables partos y sabía, por experiencia, que cuando una parturienta tardaba tantas horas en traer a su hijo al mundo y además, pobrecilla, entre tantos

dolores, lo normal era que ninguno de los dos lo consiguiera. Era una lástima, pero la naturaleza era así. Igual pasaba con cualquier animal de la isla; no todos los cachorros sobrevivían.

Al darse la vuelta para marcharse tropezó con Yaguamé, que miraba hipnotizado el rostro de su madre sin importarle ya que lo descubrieran. Kurip lo asió del brazo, dispuesta a llevárselo de allí. Pero el pequeño, desafiante, se atrevió a preguntarle a la vieja gruñona:

—¿Va a morir mamá?

—Sí, Yaguamé. Tu hermano es demasiado débil para poder llegar a este mundo y tu madre ha gastado toda su fuerza intentando ayudarle. Ahora ven conmigo. No debes estar aquí —le ordenó la mujer, a la que llamaban Anciana, tomándolo de la mano.

—¡No! —gritó el niño mientras se soltaba y se arrojaba sobre el cuerpo inanimado de su madre—. ¡Mamá, mamá! ¡Despierta! Soy yo, Yaguamé. ¡Háblame, por favor, mamá!

Todas las mujeres se sobresaltaron al ver que la inesperada intervención del niño había logrado que Kania abriera, por fin, los ojos.

—Yaguamé, mi pequeño —consiguió pronunciar la madre.

—Mamá, ¿te está haciendo daño mi hermano?

—¡Kania, Kania! —los interrumpió Meyina—. ¡Empuja! ¡Rápido! El bebé se asfixia.

—No puedo más, no puedo.

—Debes hacerlo, vamos. Vosotras, ayudadla, ¡haced fuerza! —ordenó Meyina, haciéndoles un gesto a dos de las mujeres.

Careito y Guipok posaron sus manos sobre el abultado vientre y empujaron con determinación; Meyina, con la cabeza del recién nacido de un inquietante color azulado ya entre sus manos, tiraba con cuidado para que los hombros salieran de una vez. Al mismo tiempo, una debilísima Kania hacía un esfuerzo final y expulsaba de su cuerpo a una pequeña criatura que, de manera inexplicable, se puso a berrear con tal intensidad que unos pájaros que estaban posados cerca salieron espantados haciéndose eco de sus chillidos.

Por desgracia, el esfuerzo de Kania fue excesivo y esta vez su corazón no pudo más; al mismo tiempo que el bebé tomaba su primer aliento, ella exhalaba su última respiración.

Yaguamé, que no había perdido de vista el rostro de su madre, intentaba con sus pequeñas manitas levantarle los párpados:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Despierta! ¡No vuelvas a dormirte, mamá!

Kurip, que había asistido refunfuñando a toda la escena, fue la que se agachó a tocar el cuello de Kania. Después, acercó su mano hacia los inertes labios para notar si emitía algo de aire. Negando con la cabeza, sentenció:

—Ha muerto.

—Pobrecilla, solo era su segundo parto.

—¡Tan joven!

—¡Cuánto la añoraremos!

—¡No! ¡Se va a volver a despertar, como antes! —las contradijo el pequeño Yaguamé mientras sollozaba abrazado al cuerpo sin vida de su madre.

—Vamos, Yaguamé, no debes estar aquí —le volvió a decir Kurip, dispuesta a llevárselo.

—Déjalo al menos un momento, Anciana, que se despida. Además, debes ver esto. Todas debéis verlo. Acercaos, por favor —dijo Meyina, haciéndoles un gesto a las demás para que miraran a la criatura que llevaba en brazos y que seguía sin parar de berrear.

—¡Oh!

—¡Por la Diosa!

—¡Qué desgracia!

—¡Tanto esfuerzo para nada, pobre Kania!

Y es que el recién nacido que se agitaba en los brazos de Meyina no era normal.

Era una niña preciosa, con una suave pelusilla castaña sobre su redonda cabecita, una pequeña naricilla encantadora y unos gruesos labios que fruncía, al parecer enfadada, porque la hubiesen tenido tanto tiempo atascada sin poder respirar. Ya no gritaba, aunque todavía gimoteaba un poquito y movía sus puños como protestando. Con la entrada de aire a sus pulmones había recuperado su color amelocotonado, con un toque cobrizo. Se la veía un bebé sano y fuerte; hasta que la vista llegaba a la parte inferior del cuerpo. Entonces se descubría por qué Meyina se había preocupado tanto. Sus dos piernas estaban unidas desde los tobillos hasta casi sus genitales, como si fueran una sola, malformación que, sin ninguna duda, le impediría andar o desplazarse sin ayuda. Estaba claro, dependería de los demás para vivir y eso, en la tribu, era inaceptable.

—¡Qué lástima! Es una criatura preciosa.

—Tómala, Kurip, hazlo tú —dijo Meyina bajando

la vista y ofreciéndole el cuerpecillo a la anciana—. Ya es bastante doloroso haber perdido a mi queridísima Kania, que era como una hermana para mí. No tengo fuerzas para matar al fruto de su vientre.

La anciana torció el gesto con reprobación. ¿Meyina no era capaz de seguir las tradiciones de su pueblo? Debían hacerlo. Sin discusión. No sería la primera vez ni la última. Cuando un niño nacía deforme, tarado o incompleto, había que ejecutarlo de inmediato. Y cualquier mujer tenía esa obligación: se estaba cansando de que la empujaran siempre a ella a este desagradable deber. A punto estuvo de decirle a Meyina que no, que lo hiciera ella, pero vio que temblaba visiblemente y no se fio.

—Está bien, lo haré yo —Kurip agarró al bebé por una escurridiza pierna, sucia todavía, y se arrodilló, no sin esfuerzo, dejándolo en el suelo de cualquier manera.

Tomó un puñado de arena con una mano, y con la otra, abrió los labios de la niña, dispuesta a rellenar su boca. Antes debía elevar una plegaria a la Diosa:

—Attabeira, Madre Tierra, te devolvemos a esta deforme criatura, asfixiándola con la esencia de tu ser, esta sencilla arena, para que sea purificada con tu contacto primigenio. ¡Oh, Diosa! En nombre de su madre, Kania, te pido perdón por la ofensa de haber traído un monstruo al mundo.

—¿Y te parece poco sacrificio ofrecer su vida a cambio, Anciana?

Kurip detuvo su gesto y se volvió al escuchar la serena voz de Mabó, al igual que el resto de las mujeres. Había llegado el hombre mágico. No había nadie en la

tribu que tuviera más poder. El Bohíque, el hechicero, «el que habla con los espíritus». Él tenía el don de escuchar los deseos de los dioses, y sus decisiones y sus palabras se acataban siempre como leyes.

Mabó era un hombre tan viejo, que ni siquiera Kurip sabía su edad. Ella, que era, con diferencia, la más anciana de la tribu, recordaba de niña a Mabó con el mismo aspecto que tenía en este momento. Era el único en la tribu que tenía el pelo de color absolutamente blanco y, al contrario que el resto de los varones, que lo llevaban suelto, él se lo recogía en lo alto de la cabeza, bien estirado, en una especie de moñete que sobresalía de una cinta ceñida sobre la frente, adornada con cuatro magníficas plumas de guacamayo de color rojo sangre. En su rostro arrugado, destacaban unos ojos tan oscuros que no se distinguía la pupila y que hacían que el blanco pareciera brillar en la oscuridad. Era extremadamente delgado, apenas piel y huesos, y se apoyaba para caminar en un largo palo de madera relleno de semillas y cubierto de plumas, que siempre utilizaba en las ceremonias sagradas.

Mabó se agachó al lado de Kurip y se quedó contemplando con gran interés al bebé que se retorcía como un pececillo sacado del mar. Extendió su nervuda mano y la posó sobre la pequeña frente mientras torcía la cabeza escuchando un sonido que solo él podía percibir. En ese momento había un silencio total; hasta Yaguamé había dejado de llorar con ruido y solo unas gruesas lágrimas caían de sus ojos.

El Bohíque tomó la mano de la vieja Kurip y, con determinación, le abrió el puño, dejando que la arena

se deslizara entre los dedos de la anciana, inservible ya. Después sacó su afilado cuchillo de piedra de una funda que llevaba colgada a la cintura y lo acercó hacia la pequeña, musitando unas palabras rituales de la lengua mágica.

Kurip retrocedió espantada y todas las asistentes pronunciaron gritos de asombro. ¡La iba a matar con un cuchillo! ¡Era tabú! Provocaría la cólera de Attabeira, la Diosa de la Tierra, la Madre que había creado la vida. Si en una ejecución o en un castigo, la tierra se manchaba con la roja esencia de un miembro de la tribu —aunque este fuera pequeño e insignificante y acabara de llegar al mundo—, Attabeira no lo perdonaría, serían castigados con devastadora furia. La Diosa no admitía sacrificios de sangre. Por eso siempre ahogaban a los que debían ser condenados a muerte, ya con arena, ya con agua. Pero ahora era Mabó, el propio Bohíque, quien parecía querer degollar a la niña. ¿Iba a quebrantar el tabú? Todas contuvieron la respiración.

El hechicero sujetó la cara de la recién nacida con la mano izquierda y, con la derecha, trazó con la punta del cuchillo dos finas líneas onduladas en cada mejilla y, rápidamente, le pasó la lengua por los cortes, limpiando la sangre. Los gemidos de la pequeña se renovaron con más fuerza. Después, la tomó en sus brazos, se puso de pie y la alzó hacia el cielo, mostrándola al viento, a la luna y al mar, y le dio un nombre: Ratucape Atta.

Ratucape Atta, «Elegida de la Diosa».

La chiquitina acababa de ser marcada con los signos de Atta-Ei y a partir de este instante pertenecía a Attabeira. Era sagrada, era intocable. Su sangre era

ahora más preciada que ninguna, formaba parte de la esencia divina.

El Bohíque entregó el bebé a Meyina y ordenó:

—Todas vais a cuidar de ella y a protegerla. Curadle las heridas.

—Pero no puede valerse por sí misma. Será una carga para la tribu —se atrevió a argumentar Kurip, conteniéndose para no echarle en cara al Bohíque que hubiera roto la tradición.

—Dentro de poco, Kurip, tú también serás una carga para la tribu, y veo que no tienes marcadas tus mejillas… No pongas en entredicho mis decisiones. Estás dudando del juicio de la Diosa. Vosotras, haced lo que os digo. Yo debo contactar con los espíritus.

Y sin más comentarios se alejó hacía la orilla del mar.

Las mujeres se quedaron contemplando con temor a la pequeña, que todavía hipaba en los brazos de Meyina. Esta la sostenía sin poder evitar que un ligero temblor la recorriera. Ahora, ese cuerpecillo era parte de la Diosa, llevaba sus marcas. ¿Y si Attabeira quería manifestarse a través del bebé? Meyina miró a sus compañeras y vio la misma duda en sus ojos.

Sin decir palabra se alejó hacia su bohío. Debía obedecer a Mabó y ponerle las hierbas curativas sobre las heridas de las mejillas, aunque, gracias a la Diosa, casi no sangraban ya. También le daría unas gotas de la savia del láudano para que se calmara, y después la amamantaría. Por suerte, aunque ya hacía dos veranos que había tenido a Taín, su primogénito, este seguía tomando leche de sus pechos. Ahora la leche de su

hijo sería para el nuevo miembro de la tribu, al menos, mientras pudiera. Si la niña moría por su culpa, una gran desgracia se abatiría sobre la aldea y ella no quería ser la responsable. Se dio prisa, quería volver cuanto antes para ayudar a preparar el cuerpo de su queridísima amiga, la pobre Kania, para la eternidad.

Ni aun pensando en Kania se acordó en ese momento del pequeño Yaguamé.

Yaguamé se había quedado solo.

Las mujeres, nerviosas y ofuscadas, se habían marchado a contar al resto de la tribu la extraña decisión del hechicero. Ninguna se había preocupado de acompañar al niño o de llevárselo a que descansara. Nadie lo consolaba. Acostado encima de su madre, aferrándole la mano como si por esa presión pudiera devolverla a la vida, Yaguamé sentía que su corazón se había vaciado de repente. Donde antes brotaba amor, ahora se empezaba a destilar un odio profundo. Un odio por quien le había robado tan cruelmente a la persona que más amaba en el mundo. Un odio negro que le había secado las lágrimas para siempre. Un odio miserable que le acompañaría toda la vida con el único propósito de vengarse. Un odio devastador por su hermana: Ratucape Atta.